

PAPELES FANTASMA

Luis Jochamowitz



PAPELES FANTASMA

CRÉDITOS

ÍNDICE

Artistas del Perú	7
Dos autores	29
Crimen en el Archivo Arzobispal	39
La máquina del tiempo	49
La colección Padilla	63
La placa del héroe	81
Los papeles de Tomás Meza	89
Prólogo a las Aventuras de Julius Hozac	115
Instrucciones a mis albaceas	123

VAGAMENTE DOS ENSAYOS

Monstruos nacionales	133
Morgue antigua	149

Artistas del Perú

Hace cierto tiempo me llamó por teléfono la señora Lourdes Echecopar. Con ese tono familiar y ligeramente despótico que le es característico, me informó que estaba preparando un gran diccionario biográfico en el que pensaba reunir a todos los artistas del país. Por la conversación posterior fui comprendiendo que para la señora «el país» era una parte de la ciudad que se podía señalar en un plano de calles, y que «los artistas» eran los pintores de caballete y los escultores, aunque también los dibujantes, muralistas, acuarelistas, grabadores, algunos fotógrafos y ceramistas y, desde luego, los críticos, conocedores, coleccionistas e historiadores del arte como ella misma. Era un alivio descartar a los poetas, novelistas, músicos, arquitectos, directores de teatro y cine, para no hablar de los actores o los cantantes, que son los que la gente de la calle imagina cuando escucha la palabra *artista*. Y, sin embargo, en el remoto jardín pictórico que la señora Echecopar había apartado para sí, su colosal tarea me pareció —cómo decirlo— *instigadora*. Artistas del Perú, me confió en un momento de la conversación, debía aparecer como «el primer eslabón», pero luego desechó la imagen de la cadena y habló de «obra abierta», de «edificio en obras», sugiriendo que habría un segundo, un tercero, quién sabe cuántos volúmenes de lo que sería, ya más que un diccionario, una enciclopedia propiamente dicha.

Durante un parpadeo en la larga conversación (que más bien fue un monólogo), comprendí que Lourdes Echecopar trataba de comunicarme que al fin había encontrado el propósito de su vida.

Si no me equivoco, la había conocido en la embajada de Malasia, en la fiesta anual por el día nacional, a la que inexplicablemente me invitaban todos los años. No recuerdo quién nos presentó, pero guardo la imagen de alguien muy atareado, casi agobiado por sus deberes sociales, a pesar de que ella recibía los saludos como si tuviera todo el tiempo del mundo, cosa que no era cierta, además, ya que debía partir casi de inmediato hacia una nueva ronda a cargo de su apremiado presentador. Es sabido que se jacta de tener una gran memoria, pero aseguraría que ella no sabría decir dónde nos conocimos, o mejor aun, consideraría que esa formalidad no tiene la menor importancia frente a otro hecho anterior que hacía innecesaria cualquier presentación: nos conocíamos desde siempre, desde antes de haber nacido, ella con veinte o treinta años de anticipación; nuestros tíos o abuelos «se veían mucho», éramos los restos vivientes de la vieja ciudad.

Por supuesto, todas estas aclaraciones resultaban innecesarias. Por el teléfono bastaba el énfasis de su voz, el rápido «tú» que introdujo y que yo acepté, reservándome el «usted» para darle más reverencia a mis intervenciones. Eso y algunas palabras que no escuchaba desde hacía mucho tiempo, palabras como *enredista* *palangana*, me recordaron a unas tías que ya eran ancianas cuando yo niño. Pero creo que lo que me resultaba casi hipnótico de su voz era ese tono vagamente tiránico, una como imperiosa sensación de propiedad sobre todas las palabras que eran pronunciadas o escuchadas por y ante ella. Desde el primer momento comprendí que, si condescendía una sola vez a ese trato, debía estar preparado para recibir todas sus simpatías, con lo que podría considerarme, si no privilegiado y agradecido, sí aliviado, o al menos a salvo.

Después de la introducción y otros prolegómenos, me comunicó que tenía para mí una consulta urgente que la había asaltado al llegar a la letra J de su diccionario. ¿No era yo el nieto o sobrino nieto de aquel Alberto que, siendo ministro de Fomento, instituyó los Premios Nacionales de Arte en 1941 o 1942? El asunto me era completamente desconocido,

pero no el hecho de encontrar a este tío abuelo envuelto en tal clase de asuntos. En esa época Alberto había llegado a la cumbre de su carrera de funcionario durante el primer gobierno de Manuel Prado Ugarteche. Lo que entonces se entendía por «Fomento» suele ser debatible, carreteras seguramente, pero también podía ser premios oficiales para los grandes artistas nacionales.

Comprendí que, si quería responder a su consulta, tendría que revisar la docena o más de títulos publicados por él, además de libros y folletos que daban cuenta minuciosa de su vida, un cubo destartado de papeles y cartones descosidos que había quedado en mi biblioteca cuando murió la última de las tías. Se lo dije a Lourdes Eche copar, pensando que así avivaría aun más su curiosidad, y como daba la impresión de no haberme escuchado, se lo repetí:

—Tendría que consultar los papeles del tío Alberto...

Pero no, ella parecía no tener el menor interés en escucharme y más bien enumeraba los nombres de los primeros ganadores del certamen, o las circunstancias de un famoso escándalo que se produjo en la entrega de premios de 1944 (o 45). Mis escasas intervenciones sonaban como meras confirmaciones. En un momento escuché voces al otro lado de la línea y tuve la extraña sensación de que mis palabras estaban siendo cuidadosamente registradas, no tanto por la señora Eche copar, sino por una tercera persona, quizá más de una, que desde ese mismo instante se encargaban de convertir todo lo que decíamos en material del gran diccionario biográfico.

—Entonces, mi querido amigo —dijo de pronto, repentinamente apurada, como si en ese momento otro teléfono, a decenas de kilómetros de distancia, se hubiera descolgado para ella—, ¿me decía algo sobre unos papeles?

—Déjeme buscar en los libros de Alberto.

A cambio de su permiso y como señal verdadera, recibí una cifra, un número telefónico que apunté en un papel. Al colgar, ensimismado, repasando las incidencias de esa curiosa llamada, escribí su nombre con letras mayúsculas al lado.

En los días y semanas siguientes, recordé varias veces esa conversación, al principio como un detalle que dejan los días, pero, luego, se convirtió en otra tarea pendiente, engorrosa, algo que jamás haría por voluntad propia. Todo comenzó a complicarse más con la sospecha, un poco humorística, de que la señora Echecopar, mediante un sistema de hilos telefónicos, había tejido una compleja red de informantes, un ejército de investigadores hormiga que la ayudarían a escribir su libro. Desde su recóndito cuartel general, reclutaba y dirigía una larga hilera de obreros intelectuales formada por los descendientes de los artistas, o sus amigos y conocidos, o los hijos o sobrinos de estos, los profesores locales, los curiosos o amigos del arte o simplemente de la misma señora Echecopar. La certeza —que al principio me resistía a aceptar— de haber quedado atrapado en esa tropa de dateros, acarreando mi ladrillo o bolo ciego de información, me producía risa y a la vez una vaga irritación.

Siempre podría decirle que no había encontrado nada, que no sabía si fue Alberto el creador de los Premios Nacionales de Arte, pero no fue necesario llegar a eso, ya que una tarde cualquiera, cuando los misteriosos procesos volitivos completaron su giro, unos pasos impremeditados me llevaron directamente hacia la repisa de la biblioteca donde estaban los libros del tío.

II

Me sucede al principio con los libros (sobre todo si vienen en paquete, como estos), las obras de teatro, los conciertos, y todo aquello que requiere de paciencia y buena disposición:

acudo con renuencia, casi de mal humor, exijo pronto la rendición. Cinco minutos después había olvidado el encargo y estaba sumido en los largos párrafos de Alberto. Hacía muchos años que no abría sus libros, quizá desde 1979, cuando le hice una entrevista a Julio Ramón Ribeyro, quien había escrito un texto lapidario sobre él. En realidad, Ribeyro ya lo había dicho todo sobre Alberto, y ahora me daba cuenta de que solo me quedaba citarlo.

En ese tiempo ni siquiera sabía por qué me había sido tan fácil obtener una entrevista con un autor que era conocido por rehuirlas. Me acuerdo de que llegué a una casa de quinchas y yeso en Miraflores. Me recibió con su habitual amable sequedad, nos sentamos en una salita ajena y, cuando le hice la primera pregunta literaria, me miró con una gran sonrisa, espectáculo siempre llamativo en los extremadamente flacos.

—Creí que usted venía a reclamar por su pariente... —dijo—. Pensé que estaba molesto conmigo.

En efecto, yo guardaba para más adelante el tema de su ensayo sobre Alberto, pero no tenía ningún reproche que hacerle; al contrario, había admirado intensamente la pieza.

—Son mis tías, sus hermanas, las que deben estar furiosas con usted —respondí, tratando de esquivar cualquier toma de posición familiar.

—¿Y ellas... —preguntó con toda seriedad— también leen crítica literaria?

Los años siguientes pensé muchas veces en esa entrevista, cosas absurdas, como que Ribeyro me había privado de tres o cuatro párrafos que podrían acomodarse de lo más bien en los capítulos iniciales de una voluminosa autobiografía que jamás escribiré, donde contaría la historia de mis antepasados. La verdad solo podría establecerse si pudiera regresar a ese tiempo, o si hubiera tomado apuntes, cosa que quizá hice y perdí. Pero juraría que era yo quien había hecho por primera vez la observación de que las obras completas de Alberto comenzaban con una monografía sobre los boratos

en Andamarca y terminaban con ensayos de pintura y estética francesa. Esa afirmación, sin embargo, aparecía con variantes y mejoras en un pasaje ribeyriano.

Ahora que volvía a pensar en todo esto, me admiraba la suerte, o el infortunio, de este pariente que sin proponérselo había alcanzado cierta forma de posteridad. En un país sin personajes ni biógrafos, Alberto había sido tocado por un poderoso rayo de luz. Es cierto que el rayo solo se detuvo unas páginas en él, pero la superficie no mostraba mayores rugosidades y la totalidad del cuerpo quedó iluminada.

Después de una presentación general —Lima, 1881, ingeniero de minas, funcionario, ministro, agregado cultural en París—, Ribeyro sugiere por única vez que llegó a conocerlo con cierta cercanía: «Aparte de fecundo polígrafo, fue pianista aficionado y, en la segunda mitad de su vida, pintor de paisajes neoimpresionistas. Extremadamente cordial, sociable, activo y longevo, murió en París en 1972, cerca de los *noventa años*».

La breve referencia debería terminar allí, pero Alberto había cometido en vida un pecado de vanidad que lo dejaba expuesto: había publicado demasiado. Si al menos se hubiera limitado a los boratos o a la estética, pero antes de marcharse a vivir a Francia envió a la imprenta Gil no uno sino dos tomos de su autobiografía y, en volumen aparte, su *Diario íntimo*, *que* era precisamente lo que atraía a Ribeyro en su ensayo “*Dos diaristas peruanos*”.

«¿Qué puede haberlo movido a redactarlo? —se pregunta Ribeyro ante ese diario, buscando quizá una explicación que lo libere de más comentarios—. A diferencia de otros diaristas, no fue protagonista ni testigo de hechos excepcionales, ni hombre torturado por problemas morales o metafísicos, ni creador deseoso de llevar el registro de su propio itinerario artístico y espiritual. Fue casi toda su vida un funcionario probo y minucioso, con un sentido cívico de la función administrativa y un deseo sincero de servir a su país. Aparentemente nada lo llevaba a escribir un diario».